Evocación de Antonio Machado (1875 - 1975)

Leopoldo de Luis

Muchas veces se ha puesto de relieve que la biografía de don Antonio Machado está en sus propios poemas. Así es. El poema «Retrato», escrito en 1912 (1) y colocado al frente de **Campos de Castilla**, es, realmente, un espejo. Pero un espejo de doble fondo, que nos muestra no sólo el pasado y el presente, sino también la imagen del futuro. Numerosos comentaristas se han detenido a examinar estos nueve serventesios alejandrinos, tan claros y tan hondos. Con todo, estas páginas, cuyo propósito es incorporar la revista en que aparecen a la conmemoración del primer centenario del gran poeta, van a discurrir, una vez más por ellos, con vocación de homenaje.

Nace Antonio Machado en la ciudad de Sevilla, el 26 de julio de 1875. Once meses antes había nacido su hermano Manuel, el otro gran poeta. Venía al mundo en el seno de una familia de la burguesía liberal, dedicada a la enseñanza, al arte y a la ciencia. La casa natal —viejo palacio parcelado en viviendas— tenía el típico patio andaluz donde los frutales exhiben sus pequeños soles:

> Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
> y un huerto claro donde madura el limonero

Desde entonces, el limonero, como el naranjo, pasan a formar parte de la simbología evocadora del poeta. Machado es poeta que gusta moverse entre árboles. Si éstos le sirven para recordar la infancia a lo largo de toda su obra, la encina le servirá para simbolizar las tierras altas y secas de Castilla, porque nos dice:

> mi juventud, veinte años en tierra de Castilla,

Machado llegó a Castilla en 1883, a los ocho años. Su familia se trasladó a Madrid. La influencia de Castilla en su obra será sustancial. En 1907 hace oposiciones a cátedra de francés y ocupa la plaza del Instituto de Soria. Se casa con una muchacha soriana: Leonor Izquierdo, y vive allí cinco años. La Castilla de Machado es la soriana; el paisaje soriano es el que cala hasta los huesos del poeta. Juan Ramón Jiménez dirá muchos años después que en aquella época se puso de moda escribir sobre Castilla, pero los grandes poetas no tienen **moda,** tienen **modo.** Manera, talante, estilo. La moda la siguen luego los poetas menores. Machado no escribe con una

(1) La fecha de redacción de este poema es discutida. Para los críticos Rafael Ferreres y Ribbans, debió de escribirse alrededor de 1907.

moda, sino con un modo profundo y entrañable, compenetrándose con aquel paisaje, penetrando en su **alma.**

Machado volverá a Castilla después de esos veinte años de juventud a que alude, pero en 1912, muerta la joven esposa en el mes de agosto, abandona Soria, conturbado por el dolor. Pasa al Instituto de Baeza, donde encontrará otro de sus árboles predilectos: el olivo. El olivo, síntesis de la Andalucía alta en la simbología machadiana, es un árbol sabio y mitológico. Así es cantado en algún poema. Por sus contactos con el modernismo, no le falta el regusto de los mitos clásicos. Pero, más auténticamente, Machado era un hombre sencillo, de amplio espíritu democrático, y, así, prefiere apear su poesía de grandilocuencias, y antes que cuadros de pintores de cámara donde reyes y poetas posan cazando, quiere ver entre las encinas y entre los olivares a las buenas y sufridas gentes del afán campesino.

En 1919 se traslada a Segovia. Otra vez Castilla, y los ríos que cruzan sus tierras escoltados por olmos y chopos. Dos árboles más en la poesía de nuestro poeta. En el viejo olmo quiere ver Machado renovado el milagro de la primavera, y canta la nostalgia del tiempo que pasa sin retorno sobre este otro árbol que es el hombre, sin milagro posible. En los álamos, su poesía ve el amor. El amor cruza por la fronda de los álamos como un viento feliz, y en la corteza verde de sus troncos los amantes dejan iniciales que deletrean un hermoso y juvenil abecedario, más perdurable que ellos mismos.

Pero él fue un ensimismado; su juventud —nos dice— fue triste. Tuvo poca fortuna en el amor: la esposa jovencísima muere tuberculosa a los tres años de matrimonio; cuando vuelve el amor, muchos años después, conveniencias sociales lo mantienen en sombra. Es difícil siempre extraer de una vida los momentos mejores, aislarlos de los malos tragos. El poeta lo dice en su tercer verso:

mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Pero es de amor de lo que va a hablarnos en la segunda estrofa. Se declara descuidado de las apariencias y sabe que no es ningún Tenorio:

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—

Don Juan de Mañara, el personaje de la comedia que escribiría más tarde, en colaboración, como todas, con Manuel. El Marqués de Bradomín, protagonista de las **Sonatas,** de Valle-Inclán, su amigo y compañero de generación.

No, Machado no es brillante ni bullicioso, no se deja arrastrar exteriormente por lo erótico, pero, en cambio, nos da una versión entrañable del amor:

mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

Vemos la eficacia de la rima, su importancia indudable, que no es de mero recurso, sino que su verdadero valor consiste en ejercer de palanca para extraer extrañas relaciones subconscientes. Calificar de **hospitalario** el amor de la mujer es

calar en su dimensión acogedora y maternal. Qué diferente este amor del cantado por el modernismo.

El tercer serventesio nos va a hacer ingresar en un campo ideológico:

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina.

Desde las ideas de la Enciclopedia, preludiando la Revolución francesa, a la que se asocian los jacobinos, nace una corriente de pensamiento progresista que, en última instancia, llega hasta el liberalismo del XIX. La tradición familiar de Machado está en esa línea. Sin embargo, los jacobinos representaron el ala más violenta de la revolución francesa. Machado, que se considera, con razón, hombre de temperamento bondadoso, mitiga la agresividad del jacobinismo aclarando:

pero mi verso brota de manantial sereno;

y concluye, superando normas consabidas, patrones de moral convencional, para mirarse en lo hondo del alma:

y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Así como esta estrofa nos ha mostrado el campo ideológico, las dos siguientes van a abrirnos las puertas del recinto estético. ¿Cuál es la estética en que se mueve su poesía?

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;

Su entrada en la poesía fue de la mano del modernismo, aquel camino de libertad hacia la belleza (según Juan Ramón) que volvió los ojos a los modelos del parnasianismo francés. Esas rosas —las de Ronsard— son las que Machado dice haber cortado por mor de aquella estética nueva cuya primera sombra —o cuya primera luz— en torno a Machado no cabe negar. Sin embargo, él tenía un sentido más íntimo de la poesía que aquella fiesta sensual y colorista que era ya, en 1912, como la percalina lacia que cuelga al día siguiente. En manos de discípulos menores, aquel lujo se hace máscara triste:

ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.
mas no amo los afeites de la actual cosmética,

Creo que, como han dicho ya otros comentaristas, estos versos son el despego hacia un modernismo resobado, como los siguientes lo son de la insinceridad, de las fórmulas repetidas a cabeza fría:

Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.

Todos los movimientos literarios han tenido continuadores amanerados, y más

había de verlo así quien se hallaba ya distanciado, con actitud decidida, de su fuente inicial. Es la autenticidad lo que busca:

> A distinguir me paro las voces de los ecos
> y escucho solamente, entre las voces, una.

Por eso, la poesía de Machado es modernista **en principio,** y le quedan rastros formales, como estos mismos serventesios alejandrinos, y algunos símbolos, como la tarde o como la fuente, pero sabe insuflar en ellos un pensamiento más profundo, más preocupado, a la vez que se hace más realista y contempla otros temas, como el de la patria y el de las situaciones sociales de sus gentes.

En el primer libro, el poeta siente la melancolía de los atardeceres y escucha el rumor de las fuentes en los parques sombríos: gusto modernista que Machado hace personal a fuerza de autenticidad de sus sentimientos. En el segundo libro, la contemplación de las tierras de España y los problemas sociopolíticos que le preocupan lo acercan al grupo del 98, y aun en ese grupo lo convierten en figura ejemplar, en el escritor de conducta más consecuente y rigurosa. El tercer libro intensifica el sentido filosófico. Y en este punto, conviene alterar el orden de las estrofas y comentar primero la séptima, porque nos da otra clave de su obra:

> Converso con el hombre que siempre va conmigo
> —quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
> mi soliloquio es plática con este buen amigo
> que me enseñó el secreto de la filantropía.

Esa conversación consigo mismo se produjo en sus **galerías del alma,** en la primera parte de su obra; en la última parte, se produce mediante la creación de sus heterónimos.

Las galerías del alma son la consecuencia del ensimismamiento. El poeta se autoinspecciona, y deja que su nostalgia vaya creando unos sueños con los que dialogar. Sueños que no son, realmente, ni visiones oníricas ni alucinaciones, sino que responden a la intención de recrear la realidad a la medida de sus deseos. En esas galerías soñó también, a veces, la presencia de Dios, como un ansia de perfección y de amor dentro de él mismo. Esta presencia de un Dios inmanente, de un Dios alojado en la conciencia del hombre, es una veta noventaiochista que lo relaciona con Unamuno, como muy bien se ha estudiado ya.

Abel Martín —que conserva las propias iniciales del poeta—, **Juan de Mairena** —apellido tan andaluz, con la M de Machado— van a dialogar con él mismo, por las páginas del **Cancionero apócrifo** y por casi toda la obra en prosa del poeta. El poema de 1912 nos está revelando, pues, no sólo la tesitura del autor en el momento de escribirlo, sino todo el futuro de su labor.

No dejemos aún pasar esta estrofa séptima, de tan graves matices, sin poner atención en su última palabra: **filantropía.** Doble valor significante ofrece ahora, para nosotros, en el texto machadiano.

Los sentimientos filantrópicos son típicos de una corriente social que se genera, en España, durante el siglo XVIII, con las sociedades de amigos del país, y que

se continúa por el siglo XIX en su zona liberal y positivista, de la que procedía por herencia familiar el poeta. Pero esta línea heredada, que todavía no se habría despegado del todo de su matiz tutelar e ilustrado, gana vocación en el más general y amplio sentido etimológico de la palabra (**Filo**, amigo; **anthropos**, hombre, persona). Tales sentimientos de humanidad, tal defensa del hombre —digamos, empleando el título de otro poeta: Garciasol—, inspira siempre la obra de don Antonio Machado e ilumina su conducta, a lo largo de toda su vida. Filantropía, en el concepto decimonónico, viene a significar el interés por una vaga e inexistente humanidad, una suerte de abstracción. Pero Machado nos declara haber aprendido el secreto. ¿Qué secreto? No puede ser otro que el interés por el hombre real, por el ser de carne y hueso, más allá del cientifismo racionalista. Porque no nos puede importar el género humano en abstracto, si no nos importa cada uno de los hombres concretos. Frase del poeta es —por boca de Juan de Mairena— que «quien no habla a un hombre no habla al hombre; quien no habla al hombre, no habla a nadie». Otras prosas mairenianas insisten y corroboran la interpretación que acabo de dar, marcando la evolución indudable del pensamiento machadiano. He ahí, pues, la diferente carga semántica que conlleva la palabra **filantropía** en un contexto decimonónico y en el contexto del pensar y el sentir de nuestro poeta.

Volvamos a la estrofa sexta que habíamos preterido. Se inicia con una interrogación y va a abrirnos a nosotros otras interrogaciones:

> ¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
> mi verso, como deja el capitán su espada:
> famosa por la mano viril que la blandiera,
> no por el docto oficio del forjador preciada.

Don Antonio duda, porque no quiso nunca sobrevalorar la forma, en detrimento del fondo, como hubiera sido lo clásico o, al menos, lo neoclásico. Mas tampoco quiso arrebatar el verso sin la luz de la razón, en desalado romanticismo, porque ya nos habló del «manantial sereno». Pero surgen de pronto tres versos que a quien hacen dudar no es al poeta, sino al lector. Parece que se expresa un deseo muy rotundo: que su verso se recuerde el día de mañana, en la historia, como algo activo y vencedor, igual que la espada del capitán y no sólo como un trabajo de labor cuidadosa, de «docto oficio». Hay una contradicción íntima —claro que ¿en qué personalidad no hay contradicciones latentes?— entre la imagen aparencial del poeta y estos versos. Don Antonio Machado, pacifista, demócrata, amigo de las gentes del trabajo, ¿prefiere la misión violenta del soldado al menester fecundo del obrero? Parece como si hubiera en los repliegues ocultos de la manera de ser de aquel hombre de profunda bondad, una secreta tendencia a la acción. Verso como espada. En el mismo libro, otro poema verá, con el deseo, resurgir una «España de la rabia y de la idea», alzándose contra la injusticia «con un hacha en la mano vengadora». Ya en sus últimos años —en su último año, para ser más exactos— le dirá a Enrique Líster que moriría contento: «si mi pluma valiera tu pistola de capitán» (2). Sin unos

(2) Me he ocupado del análisis de este soneto a Líster, escrito en 1938, en mi libro **Antonio Machado, ejemplo y lección**, Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1975.

apuntes biográficos que preparó en 1913 (dados a conocer por el doctor Vega Díaz en 1965) confiesa: «de cuando en cuando siento impulsos batalladores». Todo ello nos muestra un Antonio Machado bueno, sí; pacífico y tolerante, en efecto; filántropo y liberal, sin duda, pero nada conformista ni cobarde, nada dispuesto a aceptar el mal y la injusticia sin protesta y sin lucha. Por eso, aunque su poesía tenga a veces taciturnidad de solitario y con frecuencia escepticismo; aunque sea profundamente humanística y se incline en muchas ocasiones del lado de los humildes, posee siempre vigor y entraña una creencia en la esperanza y en la libertad, conforme dice claramente en un verso del poema dedicado a Azorín.

Los dos últimos serventesios de este «Retrato» son muy hermosos. Quizá los más hermosos de los nueve que integran el poema. En el octavo:

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago

hay un latido de modesto orgullo o, si se quiere, de orgullosa modestia. No es paradoja. Don Antonio podía sentir ese noble orgullo de vivir de su propio y hermoso trabajo, sin deber nada a nadie ni recibir favores ni prebendas de los poderosos. Sentir orgullo de vivir con decoro, de ser útil a sus semejantes, a las gentes de su tiempo, a su patria y, además, regalarles una obra poética altísima, como un plus generoso de amor. Inserto en una línea intelectual y espiritual de profunda conciencia ética, esos cuatro versos responden a semejante talante casi como un trasunto de ciertos párrafos escritos por su maestro, don Francisco Giner, al exponer los propósitos de la Institución Libre de Enseñanza.

Y, por último, si todo el poema resulta revelador y hasta anticipador de su vida y su obra, los cuatro versos que le sirven de broche han venido a ser un vaticinio, una premonición que nos emociona:

Y cuando llegue el día del último viaje
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Síntesis de una vida noble, austera y ejemplar; Antonio Machado el bueno sabe que llegará a la muerte pobre y sencillo, sin bienes de fortuna, sin oropeles ni condecoraciones superfluas sobre su humilde traje civil de profesor por institutos de provincias. Sólo con el parvo peso de su obra poética.

Mas ni ése, porque en el camino del exilio perdió su maleta con los pocos papeles que aún guardaba. Apuntes, notas, borradores... ¿Tal vez otro capítulo de su obra total? ¿Acaso poemas? ¿Nuevo cuaderno de «Los complementarios»? Otra extorsión más de aquella guerra que se llevó al poeta a morir en tierras de Francia. El 22 de febrero de 1939. Contaba sesenta y cuatro años y hacía veintisiete que había escrito este poema clave.